


86/

# IN MEMORIAM




ELVIRA CARRANZA DE SIENRA


---

ELVIRA SIENRA CARRANZA

81.414



1896 — 1898



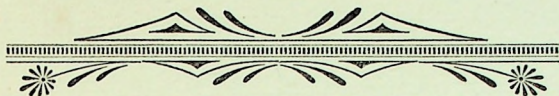
B. 1582

MONTEVIDEO

IMPRENTA ARTÍSTICA, DE DORNALECHE Y REYES

*Calle 18 de Julio, 77 y 79*

1899



## In memoriam



Al noble espíritu de doña Elvira Carranza de Sienra, dechado de virtudes maternas, de elevación de carácter, y de fortaleza en la desgracia,— sublime en la ternura del último dolor en que se quebró su corazón.



Al alma inmaculada y generosa de Elvira Sienra Carranza, hija ejemplar, hermana abnegada, modelo de adhesión y consecuencia en la amistad,— vaso de los más puros perfumes de la bondad y la virtud.



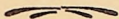


ELVIRA CARRANZA DE SIENRA





## In memoriam



Las dos hermosas almas á cuya memoria se dedican estas páginas, ninguna encomiástica biografía admitirían, por la modestia de sus aspiraciones personales, aun cuando la una y la otra hayan atesorado prendas de aquel relieve moral que á veces atrae la atención de la sociedad.



Una viuda joven, de veinte años de edad, sin otra fortuna que la de aquellas joyas de Cornelia, que en este caso no eran dos, sino cuatro niños, á quienes formar para la virtud en las adversidades de la vida, —y que llena sin debilidades todo su destino, —no necesitaría otro título para presentarse como modelo en su carácter.



Circunstancias de familia, y dotes propias de singular distinción, diéronle parte en hechos espectaculares, cuya narración imprimiría elevado interés anecdótico é histórico, á algunos de los recuerdos de su preciosa existencia.

La reunión del consulado inglés de Buenos Aires, el día 3 de Febrero de 1852, y los accidentes de una visita á Palermo dos ó tres días más tarde, constituirían una de esas oportunidades.

Terminaba la batalla de Caseros, y la casa se llenaba de personas que buscaban refugio contra posibles atentados, tanto de las tropas vencedoras, como de los dispersos del ejército vencido, que en grupos despavoridos entraban desordenadamente á la ciudad, esparciendo el terror unos y otros, éstos por el aspecto de su propio pánico, y aquéllos por las tropelías del saqueo.

Acertaba á ser Cónsul Inglés el señor Martín T. Hood, de cuya esposa, doña Telésfora Rücker, era prima hermana y cariñosa amiga doña Elvira Carranza; y como es natural, fué ésta una de las primeras recibidas bajo el amparo de tan privilegiado hogar.

La concurrencia era numerosa y distinguida;—y pasados los primeros momentos de alarma, conocido el resultado de la batalla, y con él la caída de Rosas, tuvieron expansión los sentimientos de algunos de los refugiados, durante tanto tiempo oprimidos por el yugo de la tiranía.

Era uno de ellos el doctor don Rufino de Elizalde, (más tarde importante hombre público, varias veces

ministro de Estado en su país) joven á la sazón, y que hasta entonces había disimulado sus convicciones políticas, figurando entre los más asiduos tertulianos del séquito de Manuelita Rosas.

Del sombrero que tenía en la mano, descifró, en un raptó de entusiasmo, el cintillo punzó, y arrojándolo al suelo, lo pisoteó, expresando en un caloroso brindis el júbilo de verse libre de él para siempre.

La digna viuda, que lo había llevado con sinceridad, juzgándolo más que un color de partido, un símbolo que por largos años distinguió á los nacionales de los extranjeros, —y que así vió insultarlo en un círculo en que los extranjeros se hallaban en mayoría, sintió en su ingenuidad el rubor de aquel acto que éstos aplaudían, y creyendo que aquella divisa no era la derrotada con Rosas, tuvo el súbito impulso de volver por sus fueros, y alzó la copa brindando por que el doctor Elizalde no llegase á considerarse vejado si volvía otra vez á llevarla como argentino sobre su frente.

Tres días más tarde, una elegante cabalgata, en cuyo centro se destacaba una gentil amazona, era detenida á pocas cuadras de Palermo, por varios caballeros, que traían la inesperada nueva de que el general Urquiza acababa de dar orden de no permitir la entrada al famoso parque en que había situado su residencia, á ningún argentino que no trajese en su sombrero la divisa punzó.

Uno de estos jinetes era el doctor Elizalde, á quien su contradictora del Consulado Inglés agra-

deció tan sensacional noticia, retribuyendo graciosamente su saludo.

Algunos momentos después, el vencedor de Rosas hacía notar á la misma dama la preferente colocación que entre los numerosos ramos que había recibido, tenía el ramo adornado con gran cinta punzó que llevaba su tarjeta <sup>(1)</sup>.

Su personal empeño se mezcló por el mismo tiempo á las influencias que decidieron el indulto en favor de los jefes rosistas que habían quebrantado el juramento hecho al salir del Estado Oriental después del pacto de Octubre, de no volver á tomar parte en la guerra, — y que, habiendo asistido á la batalla de Caseros en el ejército vencido, se hallaban amenazados de la misma suerte que entonces cupo al heroico Chilavert.

Un biógrafo se detendría en la romancesca narración de algún otro hecho que diera motivo á que el doctor don Francisco Solano de Antuña, conspicuo personaje de elevada actuación en la política, empleara después de cierto memorable acontecimiento, invariablemente la calificación de « salvadora de la patria » para saludarla.

Y la serie de los detalles sería considerable.

El espíritu de su caridad que se inflamaba ante todas las desgracias, solía tomar carácter contagioso hasta trascender más allá del círculo de los actos privados.

---

(1) El propio General Urquiza abolió poco después el uso de la divisa, incompatible ya con las exigencias de la nueva época.



Una breve excursión al Paraguay bajo el impulso de sentimientos maternales, produjo en su ánimo la impresión de las desolaciones y la miseria causadas en aquel pueblo por la tremenda guerra que aún duraba en aquellos días.

Ella promovió entonces, á su regreso en Montevideo, una ardiente propaganda que repercutió en toda la prensa, inspirando á Bonifacio Martínez el emocionante artículo en que decía que al lado de aquellos pobres del Paraguay, eran opulentos los mendigos de los demás pueblos de la tierra.

Vinculando al mismo propósito á su digna amiga y parienta, la virtuosa matrona doña Agustina Valdés de Piriz, recorrieron ambas la ciudad de casa en casa buscando recursos para aquellos pobres,—y, auxiliadas con la colaboración entusiasta de José Pedro Varela, y de algunos otros inteligentes jóvenes, reunieron á la sociedad de Montevideo en el Teatro Solís, en una hermosa fiesta, cuyo producto se destinaba al mismo objeto.

Los cuantiosos socorros distribuídos entonces en la Asunción por la mano de las más distinguidas familias de aquel país, á la muchedumbre menesterosa, fueron bendecido fruto de aquel alto espíritu de caridad, cuya obra no dejará de merecer una página de la historia, si ésta narra un día, como debe, al lado de las grandes calamidades, los actos generosos que les sirvieron de lenitivo.

Pero basta la mera insinuación de estos rasgos de la personalidad de que hablamos, para mostrarla como un espíritu siempre distinto de la vulgaridad,—

aunque la ofrenda de estas páginas no necesite otro justificativo que el del sentimiento filial que las ha dictado.



En cuanto á la hija, nadie la trató que no guarde algún recuerdo de las prendas de su corazón ó de su ingenio.

Era un verdadero talento, al que el concepto que ella tenía del radio marcado á la acción de su sexo en la vida de la sociedad, cortó las alas, hechas por la naturaleza para más amplios vuelos en los espacios del arte y de la idea.

¿Quién tuvo en más alto grado que ella la facultad de apoderarse del lado interesante de las cosas, ó de referir los hechos ó las anécdotas con mayor vivacidad y colorido?

La rectitud y elevación de su juicio, y su inteligente originalidad, inspiraban frecuentemente esos homenajes impremeditados que en su espontaneidad denotan la legitimidad del mérito á cuyos títulos se tributan.

Un hombre tan serio como don Tomás Tomkinson, de preciada memoria entre los que conocieron su carácter y su espíritu crítico, presidiendo con tino de magistral anfitrión su mesa de familia, al llegar el turno á un plato de sesos, creía deber intercalar esta especial lisonja: «A Elvirita podríamos suprimirle este alimento, porque á ella le sobra.»







ELVIRA SIENRA CARRANZA

Doña Isabel Navia de Rücker, la dama de mayor distinción que haya tenido Montevideo, desde la época colonial, cuyas postrimerías le tocó animar con su belleza y donosura, y que conservó la integridad de sus mejores dotes hasta la edad avanzada en que terminaron sus días, profesaba á Elvira Sienra especial estimación entre sus sobrinas nietas.

Para comprender el principal motivo de esta predilección, bastará saber el género de obsequios con que se significaba. Y todo lo dice el regalo enviado á aquella sobrina, festejándola al cumplir sus quince años, consistente en una bandeja de violetas, cuyo centro ocupaba un salero rebosante, del que se deramaba el contenido, simbolizando á la agraciada con el derroche de toda la sal de Atenas y Andalucía.

Manifestaciones peculiares de espiritualidad y cortesanía femeniles, no superadas en esta sociedad, que, cada una según las condiciones de su estado y posición, adornaron en sus horas floridas aquellas selectas existencias!



Ahora, en vez de fragantes violetas, sólo podemos poner ante el altar de su memoria, amarillos pétalos de siemprevivas, — que no otra cosa son estas páginas arrancadas á la correspondencia de los deu-







## Elvira Sienra Carranza



Buenos Aires, Septiembre 19 de 1896.

*Señor doctor don José Sienra Carranza.*

*Mi distinguido amigo:*

Veo en los telegramas de Montevideo que ha tenido usted la desgracia de perder á una hermana. Mal tan grande no halla consuelo sino en la filosofía cristiana, que cura el dolor por el dolor. ¡Contraste singular! viviendo se pierde el concepto de la vida. Ello es que uno siente írsele algo de sí mismo con los seres íntimos que parten; de aquí acaso la desolación y angustia suprema en los que quedan. Pensando así en usted y en su desgracia, le reitero con todo afecto el sentimiento de mi amistad.

A. FERREIRA CORTÉS.

Montevideo, Septiembre 29 de 1896.

*Señor doctor don Ángel Ferreira Cortés.*

*Mi distinguido amigo:*

¿Es ése realmente el dictado de la filosofía cristiana: ¡el dolor como único bálsamo al dolor!!...

No hay, en verdad, otra cosa. — Toda desolación debe apaciguarse ante la evocación de un martirio que se ha dejado como supremo ejemplo en el Calvario.

Y después, la fe alentando las esperanzas sublimes de la eterna felicidad en la región de la luz eterna.

Pero de esa fe que sirve de base á aquella filosofía, ¿qué ha hecho la demoledora crítica de la edad moderna?

La esplendorosa visión se desvanece; y apenas nos queda la lección, —perenne, es cierto, de aquel divino sacrificio, de aquel dolor divino, — que, sin embargo, no por su inmensa virtud, suprime la honda amargura de nuestras pérdidas irreparables.

En mi terrible aturdimiento, —porque la muerte no me ha arrebatado sólo una hermana, sino mi única hermana, otra madre, no menos dedicada, no menos madre mía que la misma que me dió el ser, — no acierto aún á explicarme la situación de mi espíritu, ni lo que puede seguir siendo mi existencia mutilada bajo este golpe de la adversidad.

De todos modos, si el vacío puede disminuirse al influjo de otras benéficas impresiones, natural es que vengan bien las palabras de la amistad, impregnadas de nobles sentimientos,—y usted puede creer que las suyas han sido recibidas como suave consuelo en medio á mi mayor aflicción.

Gracias, pues, por ellas,—y usted sabe que soy invariablemente

su afmo. amigo

J. SIENRA CARRANZA.



Buenos Aires, Septiembre 24 de 1896.

*Señor doctor don José Sienra Carranza.*

Montevideo.

*Querido amigo:*

Ayer me he levantado, después de varios días de cama, con motivo de la llegada de mi amigo el doctor Jacinto Fernández, mi condiscípulo muy amado de Santa Fe, antiguo presidente de la Cámara de Apelaciones del Rosario, que estuvo á visitarme; y hoy he resuelto no acostarme sin antes dirigirle estas pocas líneas.

En verdad debo decirle que seguía guardando cama desde la semana anterior, no propiamente por mis males físicos, que ya estaban bastante calmados,



como por el efecto de la fatal y cruel desgracia! que nos ha verdadera y terriblemente sorprendido.

Sabíamos la enfermedad de la señorita Elvira, que considerábamos sin transcendencia. ¡Qué habíamos de suponer jamás, ni remotamente, un desenlace tan inesperado! Yo, que la había visto hace pocos meses, joven, fuerte, sana, brindando salud y vida!

¡Ay, mi querido amigo, si me fuera permitido decirle cuánto siente mi espíritu, en el reducido espacio de una carilla de papel; todas las ideas y reflexiones sombrías que han cruzado por mi mente, con motivo de este infausto suceso, en estos días solitarios y tristes! . . .

.....

¿Para qué tan intenso y extremoso cariño, tan tierno y puro afecto en el corazón humano, si el día menos pensado, un accidente nimio ha de venir á producir luctuoso estallido, que tronche y aniquile por siempre la felicidad, la alegría y el contento de un hogar modelo, con la pérdida del hermano, del padre, del amigo entrañable, del ser querido, en fin?

¡Cuán pobre y limitada es nuestra filosofía científica!

.....

Quiera usted ser intérprete ante su acongojada señora madre, — en su inconsolable dolor por la irreparable pérdida de la hija adorada, de la hermana idolatrada, — del sincero pesar con que los acompaña éste su humilde y sincero amigo, quien era conocedor y testigo de la profunda, inmaculada y perdura-

ble cordialidad que unía y vinculaba á la muy alta y distinguida familia Sienra.

Con las dolientes expresiones, al mismo tiempo, de toda mi gente, y la confianza de vernos pronto, se despide su invariable amigo,

JUAN SILVANO GODOY.

---

Montevideo, Octubre de 1896.

*Señor don Juan Silvano Godoy.*

*Querido amigo:*

Está de tal manera impregnada en mi mismo dolor la sentidísima carta de usted, que he necesitado dejar pasar los días, esperando para contestarla recuperar fuerzas morales quebrantadas por mi inmensa desgracia. Y me sucede que no he conseguido salir aún del aturdimiento de los primeros instantes, y que me encuentro inferior al abatimiento que me invade, cada vez que mi espíritu se encara con el terrible problema de esta muerte que me deja huérfano de las más caras hábitos del hogar, y de la más solícita asistencia intelectual, pronta siempre á auxiliarme en todos los grandes y pequeños conflictos, — de la vida diaria, ó de las circunstancias solemnes, — siempre que la voz de mi propio juicio necesitaba

otro voto para la seguridad de mis resoluciones y mis actos.

Echo á cada instante de menos la guía tutelar que se anticipaba á las dificultades de mi acción ó mi retraimiento, y que tenía una luz contra cada sombra de mi camino, y una ardiente defensa, — que no tan sólo una maternal indulgencia, — para cada uno de mis inevitables errores, y de mis humanas debilidades.

Privado de tan providente auxilio, mi desfallecimiento es irremediable.

Es así como, después de un mes de sufrida la catástrofe, puede más mi angustia que mis reflexiones; — ó mejor dicho, mis reflexiones mismas me sumergen en la duda, de si los esfuerzos por olvidar son actos de valor, ó simples inspiraciones de la cobardía del alma, que da la espalda al deber de los recuerdos, única forma de la consecuencia en el culto de los verdaderos cariños, que no habrían sido verdaderos si no fuesen superiores al tiempo, y á la distancia, y al poder de la muerte misma.

Á muchas exhortaciones de conformidad he contestado con una idea que no ha dejado de contribuir á mi angustia de estas horas infortunadas. — Siento en mí la tendencia á triunfar de mi desolación, á libertarme por intervalos de la atmósfera de los recuerdos, cuyo ambiente, si no se alternase con ráfagas de otras ideas é impresiones, me ahogaría de dolor. — Preveo que me curaré de esta profunda tristeza, porque trato de curarme, y admito los auxilios que para ello se me prestan. — Y reconozco en esto uno de los signos de mi inferioridad respecto de aquel



espíritu abnegado, de aquel sublime corazón, que habría sabido desechar todo consuelo, si hubiese sido yo quien la precediese en el eterno destierro de la vida. — Ella, tan madre mía como la que me dió el ser, con aquel exclusivismo del sentimiento que daba sello tan especial á su carácter, y en la mezcla de afecto y admiración, de piedad é idolatría con que me miraba en medio á las adversidades de mi destino, no habría querido, como la madre Niobe, consolarse, y no se habría consolado jamás del último golpe en que me hubiese visto derribado en la lucha para siempre.

Yo en cambio. . . . ¡Cuán superior á mí aquella hermosa alma, tan sin igual por su generosidad como por su pureza inmaculada!

Me habla usted de nuestra filosofía.

¿Qué quiere usted que ella diga de problemas insondables para la humana razón?

El vulgo puede atolondrarse con huecas palabras, — palabras verdaderamente sin sentido real ante el más leve análisis de un criterio ilustrado ó simplemente sensato.

En las soluciones de la sabiduría y de la fe, como en los deslumbramientos de las dichas y glorias más embriagadoras y más sublimes, el dolor y el orgullo se estrellan en las mismas decepciones, en la misma miseria, en la misma desesperación: sueños y quimeras! *vanitas vanitatum!*

.....  
Ha sido usted justo, — acaso sin saber hasta qué punto le correspondía, — al condolerse afectuosa-

mente de la desventura de aquella que por tantos títulos merecía haber sido dejada algunos años más en la tierra, donde su acción sólo sembraba el bien, ó pugnaba contra las simientes ó los frutos de la maldad.

Ha sido usted especialmente justo pagándole con tan emocionadas impresiones en su desgracia, la ilimitada estimación que ella tenía por el carácter del autor de los «Bocetos Históricos», obra en la cual creía ver ella los rasgos sobresalientes de un espíritu superior, por la intrepidez misma con que los entusiasmos de la amistad, las predilecciones del sentimiento, se han manifestado rompiendo toda traba y, antes bien, menospreciando ó desafiando el desdén ó los ataques de los juicios opuestos, ó de los criterios habituados á reducir á aritmética, ó á jurisprudencia, los problemas literarios y las controversias, y los fallos, sobre el error ó el mérito, sobre la insignificancia ó el valer de cada personalidad en los accidentes de la política trascendental ó militante.— Aquella estimación era á la vez una especie de reconocimiento, que el fanático cariño de la hermana creía deber al apasionado fanatismo del amigo, realizándose en ello un hecho propio de la ley moral que nos hace encontrar simpático en los demás lo que sentimos palpitante en nuestro propio corazón. Su libro la cautivaba absolutamente, contribuyendo á fortificar en ella sentimientos y opiniones que veía expuestos con tan completa seguridad, y tan alta é incondicionalmente proclamados.

Siendo usted tan parecido á ella, siendo el más pa-



recido á ella en esas ceguedades de la parcialidad, fué natural su entera predilección.— Guardaba su libro de usted como la prenda más preciosa que la amistad le hubiese ofrecido en toda su vida,— y el nombre de usted como el del primero de nuestros amigos.

Sin saber todo esto, ha procedido usted como por una adivinación, honrándola con las delicadas manifestaciones que me atestigua su carta.

Y lo esencial de mi filosofía en esta inmensa desventura, consiste en conservar aquella cara memoria ornada siempre con las flores de los tiernos afectos, de las dulces simpatías, de las amables impresiones, que emanaban de todo aquel noble ser, tan acreedor á todo aprecio, á todo cariño, por su genial bondad, por la alta dignidad de su carácter, por la inquebrantable consecuencia en sus sentimientos, por su ingenua sinceridad y su inmaculada virtud.

Un legado solemne me ha dejado ella en la vida práctica, dando objeto elevado á mi existencia, con el cuidado de nuestra anciana madre, quebrantada también, no sólo por los años, sino por pertinaces afecciones de salud,— y sobre todo, ahora, por esta desgracia, en que, como yo, ha perdido su más constante apoyo, porque aquella hija era la verdadera *turris eburnea*, la verdadera columna de nuestro hogar,— la verdadera fuerza, en la trinidad inalterable que por tantos años habíamos formado.

En medio de todo, sin embargo, esta infortunada madre ha sido un prodigio de fortaleza, desplegando



durante la larga enfermedad de la hija, y hasta hoy mismo, una energía para la lucha, y una resistencia para el sufrimiento, que han causado la admiración de todos, en sus dolencias y sus años.

Pero todo su ser, como el mío, ha quedado profundamente conmovido en este verdadero derrumbe. — Nuestras existencias se estrechan más bajo la presión de la desventura, y por el culto de aquella idolatrada memoria.

Ya se imagina usted cuánto habrá ella agradecido las sentidas frases que usted le ha dedicado en su carta.

Sé, por mi parte, que contaré siempre con usted, para reanudar el diálogo inspirado en el piadoso propósito de esta carta.

Su siempre invariable amigo,

J. SIENRA CARRANZA.



Buenos Aires, Septiembre 20 de 1896.

*Señor doctor José Sienra Carranza.*

Montevideo.

*Distinguido señor y querido amigo:*

Con verdadera pena he sabido que acaba usted de sufrir una dolorosa pérdida en su familia, y quiero que usted sepa que, aún en medio de mi agitada

vida diplomática, más vertiginosa que de costumbre, en esta última semana de aniversarios patrios, me he conolido sinceramente con la desgracia del amigo que tan fino y amable fué siempre conmigo. Aprovecho esta oportunidad para reiterarle mi ruego de que cuando atraviere el río y venga á esta ciudad, no me lo deje ignorar, pues no sería justo privarme del placer de verlo y de agasajarlo como me sea posible á mi vez.

Su amigo afectísimo,

C. MORLA VICUÑA.

483, Avenida República.

---

Montevideo, Octubre de 1896.

*Señor don Carlos Morla Vicuña.*

*Señor y querido amigo:*

He apreciado sinceramente su afectuoso recuerdo con motivo de la irreparable pérdida que enluta mi hogar.

Había recibido antes sus amables tarjetas de ofrecimiento de su casa en ésa, las que no tuve tiempo de contestar, embargado en la más angustiosa lucha, disputando á la adversidad la vida de un ser idolatrado;—porque ha de saber usted, que, en vez de una hermana, es mi segunda madre, la que la muerte acaba de arrebatarme.

Puede usted creer que no olvidaré su dirección, tan cariñosamente ofrecida, — ya que sus palabras son delicada prenda de que no me encontrará usted importuno, aunque en vez de una alegre amenidad, que, en verdad, nunca ha sido mía, fuese conmigo una de esas tristezas que parecen eternamente menesterosas de consuelo, acaso precisamente por ser inconsolables.

Quiera usted presentar mis más atentas consideraciones á su distinguida compañera, y contar siempre con la mayor estimación de

Su afectísimo amigo,

JOSÉ SIENRA CARRANZA.



Buenos Aires, Septiembre 1896.

*Amigo:*

Pasan los días, y por más que reconcentro mi espíritu no encuentro palabras con que poderle expresar mi pena por la desgracia que enluta su casa.

Reconozco en usted un alma fuerte; — pero ¿de qué sirve en estos casos la serenidad, la reflexión? — ¿Acaso no sería mejor no darse cuenta de la magnitud de la catástrofe?

¡Pobre misia Elvira, la más amorosa de las madres! ¡qué crueldad del destino haberla sometido á la más terrible de las pruebas! . . ¡quiera Dios darle fuerzas para soportarla! . . .



En mi casa todos me han acompañado en la pena que me ha causado su quebranto, pues saben que es usted el amigo á quien más quiero, y que me impresiona todo lo que á usted puede afectarlo.

Habría querido ir á estar á su lado en estos días .....

Vaya un abrazo de fraternal ternura  
de su amigo,

JOSÉ GUIDO Y SPANO.



Buenos Aires, Septiembre 21 de 1896.

*Señor doctor don José Sienra Carranza.*

Montevideo.

*Mi distinguido amigo:*

Nos ha llegado la triste noticia del fallecimiento de su hermana Elvira, tantas veces cariñosamente recordada por nosotros por sus bellas cualidades y por la amistosa relación que estrechamos en la juventud.

Mi señora y yo nos asociamos sinceramente á la pena de ustedes por tan sensible pérdida. Quiera usted ser intérprete de estos sentimientos para con los suyos.

Acepte usted las expresiones de la amistad de su afmo,

F. ITURBURU.

Buenos Aires, Octubre 19 de 1896.

*Señor doctor José Sienna Carranza.*

Montevideo.

*Mi querido doctor:*

La noticia del fallecimiento de su querida hermana, hizo invocáramos una plegaria por su felicidad y paz eterna, y acompañáramos desde ese momento á usted, su señora madre y demás familia, en el sentimiento que enluta profundamente á sus espíritus virtuosos, por uno de los mayores golpes á experimentar en esta vida, tan efímera como llena de infortunios.

Con nuestras condolencias, acompañaile un abrazo afectuoso, su siempre amigo y S. S.

RICARDO ACHÁVAL.

---

Montevideo, Octubre 28 de 1896.

*Señor doctor don Ricardo Achával.*

*Querido amigo :*

Recibí su amable carta de condolencia.

Me han venido bien los recuerdos de todos mis amigos; porque, en efecto, este hogar ha experimentado el más terrible golpe que hubiera podido conmoverlo.

Sabe usted que mi buena madre sufre hace largo tiempo de afecciones, que en su avanzada edad nos han tenido constantemente preocupados; y como era natural, su principal sostén en tal situación era precisamente aquella á quien la mayor crueldad de la suerte nos ha arrebatado ahora, anticipadamente, para siempre.

Usted comprende lo irreparable de tal pérdida para la madre anciana, y para el hermano acostumbrado también por su parte á tener en aquella única y ejemplar hermana, su infatigable providencia.

Con nuestros agradecimientos, que le ruego quiera hacer extensivos á su apreciable compañera, queda de usted, como siempre, su amigo afectísimo,

J. SIENRA CARRANZA.

Washington, 107.



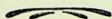


Eduardo Acevedo Díaz envía su más sentido pésame al distinguido compatriota y amigo doctor don José M. Sienra Carranza, por la dolorosa pérdida que ha enlutado su hogar; y ruégale haga llegar la expresión de su sincera condolencia á la digna y austera matrona sometida por la suerte á tan ruda prueba.

C. de Vd., Rincón, 223.—Septiembre 18 de 1896.

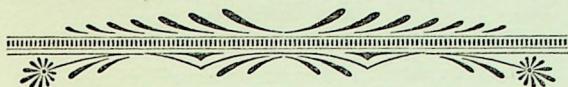


Elvira Carranza de Sienra









## Elvira Carranza de Sienra



Nuestra sociedad está de duelo á causa del fallecimiento de la anciana y virtuosa señora Elvira Carranza de Sienra, madre del doctor don José Sienra Carranza, y viuda de un distinguido ciudadano, Comandante de Guardias Nacionales, muerto en los comienzos de la llamada Guerra Grande, en acción de guerra, don Manuel Sienra.

La edad avanzada y los achaques consiguientes hacían esperar, desgraciadamente, un desenlace fatal en la señora enferma desde largo tiempo atrás, desenlace que tuvo lugar en las primeras horas de la mañana de hoy, rodeado el lecho mortuario de sus dos cariñosos hijos y otros miembros de la familia.

La tradición del hogar que acaba de perder á su fundadora, dama respetabilísima que vivió en constante práctica del bien, de la caridad cristiana, no puede ser más honrosa, habiendo desfilado por él todo cuanto de más saliente ha tenido esta sociedad.

No sólo enluta la muerte de la señora Carranza de Sienra á numerosas familias del país, sino también de la República Argentina, debido á las extensas vinculaciones que alcanzaba en su parentesco.

Así que se tuvo conocimiento del fallecimiento que nos ocupa, la casa mortuoria se vió concurrida por deudos y relaciones de la extinta, rindiendo tributo de sentida veneración al ser que fué ejemplo de esposa y de madre.

Nos asociamos al duelo íntimo que en estos momentos embarga el espíritu de los apreciados caballeros Sienra Carranza, por pérdida tan sensible como irreparable.

EL TELÉGRAFO MARÍTIMO.

Octubre 12 de 1898.



Buenos Aires, Octubre 15 de 1898.

*Señor doctor José Sienra Carranza.*

*Distinguido amigo:*

Me imagino las inconsolables tribulaciones de su espíritu, y me apresuro á enviarle mi afectuosa palabra de condolencia.

Es mucho, muy grande infortunio para una vida. —Ayer la hermana querida, y hoy se desploma el viejo tronco que sustentó el hogar! —Que las mise-

ricordias del cielo traigan á su corazón la fuerza necesaria para soportar sin quebrarse, ese formidable golpe del destino!

Entre los más vivos recuerdos de la juventud, he conservado siempre con cariño el del cuadro sereno y luminoso de aquel hogar, — pedazo de la patria trasplantado á la tierra extranjera, — presidido por su noble madre y embellecido por el gentil espíritu de su hermana. — Orientales y argentinos, sobre la calcinada tierra paraguaya, encontramos en él los inestimables halagos de la amistad.

No sé si estos recuerdos avivan su dolor; pero discúlpeme y déjeme evocarlos como un postrero homenaje á su querida muerta.

Vuelvo á implorar la gracia divina para sus dolores de espíritu, y me repito afectuosamente,

Su viejo amigo,

BENJAMÍN BASUALDO.

---

Montevideo, Octubre 25 de 1898.

*Señor doctor don Benjamín Basualdo.*

Gracias por la fineza de su bella carta, querido amigo!

La pérdida que acabo de experimentar, es algo más que irreparable, — y, siguiendo á la que tan recientemente habíamos sufrido, incomparable con toda



otra desgracia, en mi mayor infortunio. — Como usted lo dice con toda exactitud, mi hogar se ha desplomado.

El delicado recuerdo que de otras horas serenas me viene en sus palabras, es propio de su noble amistad, atestiguando aquella fidelidad á los viejos afectos, característica de las almas hidalgas y elevadas.

Mi dolor es tan inmenso, que nada puede ahondarlo; de manera que en las expresiones de usted sólo he visto la faz benévola del homenaje con que ha querido usted despedir al ser más idolatrado de mi vida.

Usted sabe bastante de mi cariño por mi madre y por mi hermana.

Pero, ¡ay! el cuadro luminoso que usted reproduce con tanto colorido, no es el de los más indelebles recuerdos de mi eterna obligación para con ellas.

Á las horas floridas, después que usted nos dejó en el Paraguay, sucedieron tristezas indecibles. — Mi enfermedad nos obligó á salir al campo, — y en un día de supremas angustias, en que en los alrededores de la Trinidad no había más medio de locomoción que el de una desvencijada carreta, declarado yo moribundo por los dos médicos que me asistían, era necesario emprender, como último recurso, la vuelta á la Asunción. — No se imagina usted las penurias de aquel viaje al lento paso de los bueyes, sobre el ardiente y pesado arenal del camino interminable, escoltando aquellas dos santas mujeres desoladas, la carreta en cuyo interior sólo cabía el enfermo, amenazado de no llegar viviente al fin de tan lúgubre

jornada!—¡Qué desesperación la de esa caravana en el desierto, movida únicamente por los milagros de la abnegación de aquellas dos almas generosas, atendiendo á la salvación de un moribundo, á la vez que al cuidado de otro ser no menos desgraciado, de mi hermano Manuel, privado de razón, y extraviado en las vueltas del camino, ú obstinándose en detenerse á reposar, en abandonarse, bajo la sombra de un árbol, extenuado de cansancio en aquella marcha abrumadora!

Y después, la lucha de meses y meses, hasta arrancarme á las garras de la muerte.—No hay virtud de hermana de caridad que iguale á aquélla.

Mi vida entera ha sido una incesante renovación de los desvelos de mi madre y de mi hermana!

¿Comprende usted mi reconocimiento, mi idolatría, mi veneración, mi adhesión ilimitada? . . . y ahora, la desolación en que me deja esta última eterna separación á que acaba de condenarme el destino inexorable?

Usted es quien tiene que disculpar los desahogos de mi amargura, que no he podido contener al contacto de los sentimientos de su cariñosa condolencia.

No he dudado nunca de su sincera amistad, ni mi madre y mi hermana dejaron de participar constantemente de la que siempre le ha conservado su afmo. compañero,

JOSÉ SIENRA CARRANZA.



Buenos Aires, Octubre 13 de 1898.

¡Sufría tanto! ¡debía serle tan necesaria la presencia de su hija! Á la verdad, ella nada ha perdido con partir: son los que quedan, que sufren hoy de su ausencia. Pero es preciso que pienses que nada podías, nada se podía ya, para hacerle siquiera soportable la vida. ¡Ay! sí, que descanse; último deseo de los que sufren. Lo he deseado para mamita: ello te mostrará con qué espíritu lo digo.

Felizmente para todos, estaban ustedes reunidos; de otra manera, tanto tú como Laurentino serían más de compadecer.

No son momentos para conversar: quiero que sepas, lo que ya piensas sin duda, que estoy allí y los acompaño en estos últimos aprestos de la eterna despedida.

Á Laurentino y las niñas diles que voy á ver á Angélica; allí se hablará de ustedes.

AURELIA.

---

Octubre 24 de 1898.

Tienes razón: la presencia de la hija era indispensable para la madre. Era su báculo, era su columna: sin ella no pudo sostenerse. Era su idolatría,—y desde que empezó á llorarla por la separación eterna, la ví marchitarse y declinar, estremeciéndose, hasta llegar



al derrumbe. No hubo consuelo posible, ni tregua á aquel dolor. Tres días antes de su hora terrible, estallaba en nuevo acceso de llanto, diciendo á uno de los médicos que tenía que llorar á su hija porque no la había llorado, no advirtiéndole que sus lágrimas habían sido incesantes en dos años, y que, si otra causa no hubiese, se moría de llorar.

Ya sabes cómo suspiraba por la terminación. Después de tantos tormentos fué feliz en ese trance. La quietud de sus nervios se había establecido en esos días.—Yo acababa de separarme de su lado á las 11 de la noche, retirándome al aposento inmediato, y no había concluído de apoyar la cabeza en la almohada, recostándome vestido, como era de costumbre, cuando sentí un grito, más de sorpresa que de dolor. De un salto estuve en su cuarto. . . . y todo había concluído:—estaba inmóvil, sus ojos no veían, sus oídos fueron sordos á mis gritos, sus labios no volvieron á pronunciar una palabra. El pulso latió algunos minutos, y luego. . . . todo había concluído! . . . .

La desesperación fué para los suyos. Ella no sintió la llegada de la muerte.

La criada á quien acababa de pedir que templase un poco de agua de te para sus ojos irritados, cuenta que había encendido el alcohol. Á la vista del reverbero había exclamado la enferma: «¡Qué llama tan hermosa!» . . . . Fueron sus últimas palabras;—en seguida el grito de sorpresa, bajo el síncope ó la ruptura del vaso, que la postró fulminada.

Ella no tuvo tiempo de advertirlo.

El último acto de su existencia consciente fué, pues,

el de la plácida sensación de aquella llama que ha-  
lagó sus sentidos en el instante mismo en que la llama  
de su vida iba á extinguirse.

¡Ay! soy yo quien he quedado desesperado!

Cuando Elva partió me restaba mi madre, algo  
más que un amparo, una misión. . . . Ahora todo  
está vacío á mi alrededor. .

No tengo hogar. No encuentro acomodo en la  
casa inmensa y helada, y el martillo de un remata-  
dor entrará á derribar todo esto, que es ya inútil en  
la tienda desmantelada.

.....

JOSÉ MANUEL.



Buenos Aires, Octubre 12 de 1898.

*Señor doctor don José Sienna Carranza.*

*Querido amigo:*

La triste nueva me llega en este momento, y aun-  
que el desenlace fatal estaba previsto, no por eso  
deja de ser menos sentida la pérdida de la madre  
idolatrada.

En dos años de intervalo, ella sigue á la buena  
Elvira, que la precedió en el viaje sin retorno, y  
juntas van á descansar en la misma tumba.

Á usted, tan profundamente vinculado á esos se-  
res queridos, le ha tocado el lote de asistir á esas

desapariciones dolorosas que dejan tan gran vacío en el alma.

Hace dos años, en este mismo mes, mi pobre madre pagaba también su tributo á la tierra, y aunque ausente de su lado, sentí el desgarramiento que dejan las pérdidas irreparables. — Desde entonces me parece que algo falta á mi vida. . . . ¿Qué no será para usted la separación eterna de aquella que rodeó de cariños su existencia?

Ahora sólo queda la resignación y la fortaleza de las almas bien templadas.

Hubiera deseado encontrarme allí para acompañarlo en sus horas de tribulación; pero me es imposible ausentarme en estos momentos. — Ahí va, en cambio, la flor más delicada del sentimiento, que deposito sobre la tumba abierta todavía á las ofrendas del cariño y de la amistad.

Mi esposa se asocia al dolor de esta pérdida irreparable, que también se hace extensiva, por mi parte, á su hermano don Laurentino y deudos que acompañan á usted.

Su afectísimo amigo,

ADOLFO DECOUD.





Montevideo, Octubre de 1898.

*Señor don Adolfo Decoud.*

*Querido amigo:*

Sé que usted se ha visto ya ahí con mi hermano Laurentino, quien le habrá dicho cuánto agradecemos los términos afectuosos de su carta.

El trance era efectivamente esperado, pero no por eso ha sido menor la conmoción producida en todo mi ser con la realidad irreparable.

Usted sabe á cuántas pruebas amargas me ha sometido la adversidad!

¿Qué cáliz he levantado en mi vida que no fuese de hiel para mis labios? . . . .

La prueba suprema es la de esta desgracia que me deja en la soledad, ya absoluta, de todo lo que fué inseparable de mí, de todo lo que me sirvió de sostén en las vicisitudes de mi destino.

Bajo la violencia de este golpe, mi hogar se ha derrumbado, y no atino aún á saber dónde alzaré la nueva tienda. Me llega por Laurentino la aprobación de usted á su consejo de que me traslade á Buenos Aires, donde al menos estaría junto á él, que es ya mi único hermano, donde otros caros afectos me llaman, y donde me hallaría á corta distancia para visitar, según lo pide el corazón, á los que aquí duermen su eterno sueño.

Pero no me siento por ahora con fuerzas para alejarme,—y toda resolución de ese carácter me se-

ría, además, imposible bajo el trastorno de estas horas angustiadas.

Reiterando mis agradecimientos por la cariñosa condolencia, los que tendrá usted á bien transmitir igualmente á su distinguida compañera,

Quedo de usted, como siempre, afmo. amigo,

JOSÉ SIENRA CARRANZA.



Buenos Aires, Octubre 18 de 1898.

*Señor doctor don José Sienra Carranza.*

*Mi estimado amigo:*

Acabo de saber que hace pocos días ha tenido usted la desgracia de perder á su señora madre. — Comprendo que esto ha de haberlo sumido en profundo dolor. Ha vivido usted lo bastante para llevar muchas amarguras en el alma, y la falta de su querida madre le privará en adelante del único oasis de olvido. — ¿Qué hacerle? Así es la vida. Todavía usted ha sido feliz en haberla conservado á su lado tanto! En su inteligencia, acostumbrada á espaciarse ampliamente sobre los hombres y las cosas, encontrará usted algún lenitivo á su mal. — Así se lo deseo de todo corazón, y le reitero una vez más los sentimientos de mi afecto y amistad.

A. FERREIRA CORTÉS.

Montevideo, Octubre 25 de 1898.

*Señor doctor don Ángel Ferreira Cortés.*

*Mi estimado amigo:*

Desde el fondo del dolor en que me ha sumido la pérdida de mi idolatrada madre, agradezco sus afectuosas expresiones.

Tiene usted razón en que mi existencia ha sido cargada de amarguras, — pero ésta es la prueba suprema. — Según la bella expresión de una ilustre compatriota de usted, « quedaba aquella última vacilante luz en mi tenebrario, » . . . y he aquí que el soplo de la muerte ha concluído por extinguirla!

En este momento no puedo saber si he sido feliz en conservarla tanto tiempo, porque todo mi ser está absorbido en la actual desventura.

¿Conoce usted algo más triste que la desesperada reflexión de Job: « La nube se acaba y se va: así es el que desciende al sepulcro, que nunca más subirá!! »

Mi madre era « la mujer fuerte » de la Escritura, haciendo frente con sublime entereza á las adversidades, desde la más temprana juventud, en que la guerra civil la dejó viuda, de veinte años, con la responsabilidad de la suerte de sus cuatro huérfanos.

Pero el tiempo, que carcome el tronco del urunday, después de todas las tempestades noblemente resistidas, desata una última tempestad, bajo cuyo golpe se desploma el férreo organismo.



Tal ha sido el caso para esta madre bíblica, que á los setenta y seis años, con el corazón enfermo de todas las agitaciones de su larga lucha, pierde de pronto á la hija modelo que le servía de apoyo inseparable, y declina agobiada, y, sin poder sostenerse más, cae ella misma para siempre.

Cuando pienso que he sobrevivido, que sobrevivo, á estos desastres, se me ocurre que tiene usted razón, que mi espíritu está hecho para sobrellevar todos los males.

También yo he sido un yunque en que la desgracia ha golpeado despiadadamente.

Tal vez la conciencia del deber cumplido disputando palmo á palmo con la muerte los días de mi madre, en una lidia incesante de dos años, y en los dos meses de la más horrible crisis final, influirá para el gradual aquietamiento de mi conturbado corazón, no exento de algunos de los síntomas de la dolencia fatal á mi familia.

Espero también en la acción saludable del estudio y del trabajo, concurriendo á realizar el milagro mismo iniciado por los benignos consuelos de la amistad.

Reiterándole mis agradecimientos por la parte que en esto debo á su fineza, quedo de usted, como siempre, afmo. amigo,

JOSÉ SIENRA CARRANZA.





